

Ontología fácil y sus consecuencias

AMIE L. THOMASSON

MIENTRAS QUE STEPHEN SCHIFFER es mejor conocido por su trabajo en la teoría de significado, su trabajo reciente en el desarrollo de una explicación pleonástica de proposiciones (y de otras entidades) también conlleva resultados de mayor importancia que cambian las reglas del juego tanto en la ontología de primer orden como en la meta-ontología.

A lo largo de las últimas décadas se dio un gran resurgimiento de debates acerca de lo que existe. Se pensó que Quine habría vencido a Carnap y eliminado la amenaza del positivismo; y siguió un período eufórico de metafísica seria durante el cual hubo una proliferación de debates sobre la existencia de varias entidades —abarcando no sólo debates tradicionales sobre la existencia de Dios o el libre albedrío, sino nuevos debates sobre si existen entidades de sentido común como personas o artefactos, pero también sobre si existen entidades filosóficas como proposiciones, estados de cosas, partes temporales o sumas mereológicas. Los participantes en estos debates presuponen típicamente que sus disputas son sustanciosas e insisten en que no se pueden atender por medios conceptuales o lingüísticos. También niegan, sin embargo, que se les pueda resolver por simples medios empíricos —hecho que los convierte en asuntos para filósofos, no para científicos. Llamaremos «ontología seria» al punto de vista que presupone que hay preguntas de existencia de esta naturaleza— que no se pueden resolver ni por medios lingüísticos/conceptuales ni empíricos, y que son, de esta manera, «epistémicamente metafísicas» (en las palabras de Theodore Sider (2011, p. 87)).

Desde mi punto de vista, la mayor amenaza para esta fiesta metafísica proviene de un punto de vista que yo llamé, en otro trabajo, el planteamiento «fácil» de la ontología —un punto de vista que es desarrollado en forma prominente en los argumentos de Schiffer a favor de proposiciones, propiedades, caracteres ficticios, estados y eventos «pleonásticos» (1994, 1996, 2003). Una versión anterior y más restringida del planteamiento aparece en los

argumentos neo-fregeanos a favor de la existencia de los números (Wright 1983, Hale y Wright 2001, 2009). Partiendo de la obra de Schiffer, también yo empleé el planteamiento en mis argumentos a favor de caracteres ficticios, objetos sociales y culturales y de objetos ordinarios como mesas y sillas. Aunque los detalles varían, la idea básica que estos puntos de vista comparten es que las preguntas acerca de la existencia de ciertas entidades se pueden contestar fácilmente por inferencias triviales de verdades no disputadas. Podemos empezar, por ejemplo, de la verdad no disputada de que esta camisa es roja, inferir que la camisa tiene la propiedad de la rojez, y concluir que hay una propiedad (a saber, la rojez) y contestar de esta manera la pregunta ontológica acerca de la existencia de propiedades.

Empezaré por describir estas tres diferentes formas de la ontología fácil, mostrando sus interrelaciones, para continuar después señalando sus consecuencias. El planteamiento tenía en el principio de su desarrollo principalmente el objetivo de resolver problemas no metafísicos: Hale y Wright se ocuparon preponderantemente de problemas epistémicos acerca del conocimiento de entidades matemáticas y de otras entidades abstractas, mientras que Schiffer aplicó el planteamiento para atender problemas en el seno de la teoría de significado. Pero el planteamiento tiene también consecuencias importantes tanto para la ontología como para la meta-ontología. Tratándose de la ontología de primer orden, el planteamiento nos lleva en general a respuestas favorables para las preguntas de existencia en disputa, llevándonos a aceptar que números, proposiciones, propiedades, etc., existen. Tanto defensores como críticos del planteamiento frecuentemente suponen que las entidades que aceptamos con base en inferencias triviales son, en algún sentido, «baratas» o «de poco peso», o que las afirmaciones existenciales deberían entenderse como desinfladas. Yo argumentaré, sin embargo, que esto es un error: que la manera apropiada de leer el resultado de primer orden de los argumentos fáciles es que nos entregan un realismo simple e irrestricto acerca de las entidades en cuestión. (Quedan, no obstante, diferencias entre este realismo y los puntos de vista del platonismo clásico).

Aún más significativas que las consecuencias de primer orden son, sin embargo, las consecuencias que semejante planteamiento tiene en el nivel meta-ontológico. Puesto que en todos los casos en que los debates sobre la existencia se pueden resolver con tanta facilidad, los debates interminables del ontólogo serio tienen que ser confusos, fuera de lugar. Este punto de vista llega entonces a la conclusión de que algo está mal con los debates ontológicos serios

que dominaron la metafísica después de Quine —no porque los debatientes hablen sin entenderse o hablen sin sentido, ni porque las preguntas no tengan respuestas, sino más bien porque las preguntas se pueden contestar de manera tan directa. Terminaré arguyendo que, mientras el planteamiento pueda ser la amenaza más importante para la metafísica seria, también es prometedor en extremo como camino para disolver misterios y para clarificar la epistemología de la metafísica.

§1. Tres formas de ontología fácil

La idea de que ciertos debates ontológicos se puedan resolver fácilmente por medio de inferencias triviales de verdades no controvertidas es familiar a partir de ciertos debates en metafísica reciente —prominentemente de debates sobre números (Wright 1983, Hale y Wright 2001, 2009) y proposiciones (Schiffer 1994, 2003). Pero no sólo recientemente estos diversos usos de inferencias triviales se han llegado a ver como partes de un planteamiento unificado para preguntas ontológicas.¹ Conforme fue reconocido como planteamiento general, el interés por la idea y la simpatía con ella, de que preguntas sobre la existencia se pueden contestar fácilmente, crecieron lentamente. Aún muchos metafísicos serios, incluyendo a Kit Fine, Ross Cameron y Jonathan Schaffer, empezaron a aceptar que preguntas sobre la existencia, preguntadas en inglés ordinario, pueden ser contestadas fácilmente muy cerca de la manera sugerida por los deflacionistas, y que como resultado la metafísica tiene que desviar su atención a otros tópicos.²

¹ En cuanto a una caracterización y defensa del planteamiento general véase mi (2007, 2009a, 2009b). Se le da también una caracterización al planteamiento y se critica en Yablo (2001, 2005) y Hofweber (2005, 2007).

² Kit Fine acepta que muchas preguntas sobre la existencia se pueden contestar de manera trivial, por ejemplo: «Dado de esta manera el hecho evidente de que hay un número primo mayor que 2, se sigue trivialmente que hay un número» (2009, p. 158) y dice que «la pregunta de si hay números es una pregunta matemática... que se tiene que decidir con base en consideraciones puramente matemáticas, y la pregunta sobre si hay sillas o mesas es un asunto de la vida cotidiana que se ha de decidir con base en observación común» (2009, p. 158). Fine llega a la conclusión de que el planteamiento cuantificacional quineano de la ontología está mal concebido y que la pregunta principal de la ontología no debería ser «qué existe» o «que hay» sino, más bien, «como es el estado de las cosas en realidad» (2009, p. 172). Ross Cameron (2010) acepta que oraciones como «las mesas existen» pueden hacerse verdaderas, por ejemplo, por medio de simples apropiadamente dispuestos. Él sugiere, sin embargo, que los metafísicos pueden atender una pregunta más profunda: qué es lo que hay *realmente*, donde lo que *realmente* existe es sólo la entidad que sea, que sirve para fundamentar la verdad de nuestra oración en inglés (2010). Finalmente, Jonathan Schaffer (2009) aprueba argumentos de ontología fácil, aceptando que los debates sobre la existencia de números, propiedades, sumas mereológicas y entidades similares «son *triviales* en el sentido de que las *entidades en cuestión obviamente existen*» (2009, p. 357). Él argumenta, sin embargo, que la pregunta

El punto de vista fue desarrollado de diferentes maneras por neo-fregeanos en la filosofía de las matemáticas, por Schiffer en sus discusiones de varias entidades pleonásticas y por mí en defensa de los objetos ordinarios. En la filosofía de las matemáticas, los neo-fregeanos (Wright 1983, Hale 1988, Hale y Wright 2001, 2009) argumentaron que la existencia de los números se puede inferir de una verdad incontrovertida que empieza por no hacer uso del concepto de número, haciendo uso simplemente de una verdad conceptual (el principio de Hume: el número de ns = el número de ms si y sólo si ns y ms son equinúmeros). Podemos argumentar de esta manera, por ejemplo, como sigue:

- Verdad incontrovertida: las tazas y los platillos son equinúmeros
- Verdad conceptual: el número ns = el número ms si y sólo si ns y ms son equinúmeros
- Afirmación derivada:³ el número de tazas = al número de platillos

Pero puesto que la afirmación derivada es una afirmación de identidad verdadera, mantienen ellos, tenemos el derecho de concluir que los términos en él («el número de tazas» y «el número de platillos») refieren, y que, por lo tanto, hay números. Nosotros obtenemos de esta manera una solución para un concepto ontológico antiguo empezando de una verdad incontrovertida que no hace uso del concepto <número> ni hace referencia a las entidades en disputa (números) en ningún momento.

El trabajo más importante para el desarrollo de una vía fácil para contestar varias preguntas de existencia fue emprendido por Schiffer (1994, 1996, 2003) quien amplía también las entidades objeto a que se aplica, incluyendo entidades como proposiciones, propiedades, eventos, estados y caracteres ficticios. En los términos de Schiffer, se puede partir de verdades no disputadas y emprender inferencias pleonásticas «algo de nada» para llegar a una verdad que es intuitivamente redundante con relación a la primera, pero que nos deja con compromisos ontológicos (al parecer nuevos) respecto a las entidades en

apropiada para metafísica es, qué es fundamental, y qué fundamenta qué. No examinaré presentemente estas sugerencias alternativas.

³ Al llamar esto una «afirmación derivada» no quiero sugerir que no se podría llegar directamente a semejante afirmación sin inferencia por un parlante competente. Sólo quiero señalar el hecho que se puede derivar de la afirmación incontrovertida en combinación con la verdad conceptual.

disputa —de nuevo resolviendo al parecer preguntas ontológicas por medio de lo que él llama «inferencias de algo de nada» de verdades no disputadas.

En cada caso, una afirmación no disputada en la cual no se hace mención de una entidad del tipo J (ni tampoco ningún uso del concepto J ni de ningún otro que se supone es co-referencial con él) se puede combinar con una verdad analítica o conceptual que funciona como lo que Schiffer llama una «regla de transformación» para darnos una afirmación derivada que al parecer implica la existencia de Js (números, proposiciones, eventos, mundos posibles...) —resolviendo de esta manera con facilidad lo que parecen ser preguntas ontológicas serias disputadas. Podemos avanzar de esta manera, por ejemplo (haciendo las etapas intermedias algo más explícitas de lo que lo hace Schiffer (2003)), de:

- La afirmación no disputada: la nieve es blanca
- La verdad conceptual: si P entonces <que P> es verdad.
- Afirmación derivada: es verdad <que la nieve es blanca>
- Afirmación ontológica: hay una proposición (a saber <la nieve es blanca>).

O de:

- La afirmación no disputada: Jane nació en un martes
- La verdad conceptual: si P nació en D, entonces el nacimiento de P ocurrió en D
- Afirmación derivada: el nacimiento de Jane ocurrió en un martes
- Afirmación ontológica: hay un evento (a saber, el nacimiento de Jane)

Hay una variación importante que se debería señalar aquí: mientras en los casos anteriores la afirmación no disputada es una verdad empírica, en otros casos se pueden realizar las inferencias relevantes de una verdad conceptual. Schiffer argumenta, por ejemplo, que podemos avanzar de «necesariamente hay perros o no hay perros» a «necesariamente hay cosas que tienen la propiedad de ser un perro o no hay cosas que tienen la propiedad de ser un perro», y luego de

allí a «necesariamente, la propiedad de ser un perro es o no es ejemplificada», a «necesariamente existe la propiedad de ser un perro» (*cf.* Schiffer 2003, p. 66) —pero en este caso la inferencia no parece depender de ninguna verdad empírica. El hecho de que se puede llegar a inferir legítimamente la existencia de ciertas entidades sin importar los hechos empíricos en el mundo (relevantes acerca de si una oración es verdadera o falsa) sugiere una razón por la cual se piensa frecuentemente que tales entidades sean independientes del mundo empírico, y sugiere una manera deflacionaria para entender tal intuición.

Mientras que hay mucho en común entre los puntos de vista pleonásticos y neo-fregeanos, también hay diferencias notables entre ellos. Una diferencia, quizá superficial, es que los neo-fregeanos usan un principio de equivalencia, el principio de Hume, para llegar a sus conclusiones ontológicas, mientras que las inferencias pleonásticas de Schiffer adoptan la forma $S \rightarrow \text{Ex}(\text{Fx})$,⁴ requiriendo únicamente implicación unidireccional de una premisa no controvertida a la afirmación derivada. Esto deja en claro que se pueden formular argumentos ontológicos fáciles aun cuando no se cuente con ningún principio de equivalencia (como se podría en los casos en que los candidatos para S pueden ser diversos y totalmente numerables). El neo-fregeano, no obstante, sólo hace uso de la dirección derecha a izquierda del principio de equivalencia («si los ms y ns son equinúmeros, entonces el número de ns = al número de ms») para llegar a la conclusión ontológica; no parece entonces haber ninguna razón para pensar que el neo-fregeano depende de que haya un principio de equivalencia en lugar de la simple implicación unidireccional para llegar a la conclusión ontológica.

En segundo lugar, la afirmación derivada de los neo-fregeanos tiene la forma de un enunciado de identidad y es precisamente porque la misma tiene la estructura de un enunciado de identidad que Hale y Wright insisten que los términos en él tienen que referir y que entonces estamos justificados a decir que los números existen. En contraste, las afirmaciones derivadas de Schiffer no tienen que adoptar la forma de un enunciado de identidad y él no hace ningún uso de tal idea para llegar a la conclusión ontológica de que haya las entidades en disputa.⁵ En lugar de ello, el término singular introducido podría aparecer

⁴ De manera más completa y propia, Schiffer dice que $S \rightarrow \text{Ex}(\text{Fx})$ es una afirmación de implicación f de algo de nada si y sólo si «(i) su antecedente es metafísicamente posible pero no implica *lógicamente* ni su consecuente ni ningún enunciado de la forma « $\text{Ex}(x=a)$ », donde «a» refiere a un F, y (ii) el concepto de un F es tal que, si hay Fs, entonces $S \rightarrow \text{Ex}(\text{Fx})$ » (2003, pp. 56-57).

⁵ Schiffer también explicita que los conceptos pleonásticos para Fs se pueden introducir sin que haya ningún

en otro tipo de oraciones en la afirmación derivada, e.g., el término singular proposicional «<que la nieve es blanca>» aparece en la afirmación derivada «es verdad <que la nieve es blanca>», y el término de evento singular «el nacimiento de Jane» aparece en la afirmación derivada verdadera «el nacimiento de Jane sucedió en un martes» —y ambos términos singulares (según insiste Schiffer) parecen estar garantizados para poder referir. Así parece que de estas afirmaciones derivadas tenemos todavía una justificación para inferir conclusiones ontológicas de que hay proposiciones y de que hay nacimientos. Dadas estas diferencias, parece que un Schifferiano puede aceptar fácilmente las transiciones triviales neo-fregeanas de «tazas y platillos son equinúmeros» a «el número de copas = el número de platillos» a «hay un número». Pero no está tan claro si un neo-fregeano sería o no igual de feliz aceptando todos los argumentos de Schiffer sobre conclusiones ontológicas —siendo que muchas de ellas no se hacen mediante un enunciado de identidad verdadero. Yo dejaré estas diferencias por el momento a un lado aunque se volverán a ver más adelante cuando revisemos las objeciones a cada punto de vista. En todo caso, se puede ver el planteamiento de Schiffer como una generalización del planteamiento neo-fregeano en el sentido de que él puede aceptar sus argumentos a favor de entidades en disputa y los puede captar en sus términos, aunque no esté tan claro si un neo-fregeano aceptaría todos los argumentos de Schiffer.⁶

De manera muy similar, el planteamiento fácil a la ontología que yo desarrollé y que defendí en otro escrito se puede ver como un tercer camino para obtener respuestas fáciles a preguntas ontológicas, lo que generaliza el planteamiento de Schiffer. Lo generaliza, en primer lugar, al mostrar que se puede usar también para resolver debates sobre la existencia de objetos ordinarios concretos.⁷ La pregunta «hay mesas», por ejemplo (argumenté (2007a)) se puede contestar sin rodeos empezando de una afirmación de que no es un punto de controversia entre realistas y eliminativistas:

criterio no trivial de identidad para Fs. (2003, p. 63 n. 14)

⁶ Esto gira sobre la cuestión de si los neo-fregeanos aceptarían implicaciones existenciales de afirmaciones derivadas que no adoptan la forma de enunciados de identidad. Ellos usan el hecho de que el suyo es un enunciado de identidad al argüir que estamos justificados a inferir que los términos en él refieren, porque ellos tratan enunciados de identidad como enunciados paradigmáticos que exigen referencia (2009, p. 202). Esto no significa, desde luego, que éstos sean los *únicos* enunciados atómicos que demandan referencia.

⁷ Hale (1988, p. 11) apunta que la forma de argumento es general y que el procedimiento puede valer para objetos concretos al igual que abstractos, pero él no detalla ni procede a aplicar el planteamiento a objetos concretos.

- Afirmación incontrovertida: hay partículas dispuestas en forma de mesa.

Pero lo siguiente parece ser una verdad conceptual:

- Verdad conceptual: si hay partículas dispuestas en forma de mesa, entonces hay una mesa.

Es decir, donde hay lo que los eliminativistas llamarían una situación en la cual unas partículas están dispuestas en forma de mesa, esto parece suficiente para garantizar que las condiciones de aplicación para el concepto ordinario <mesa> se cumplen. Podemos progresar, de esta manera, mediante inferencia trivial a:

- Afirmación derivada/ontológica: hay una mesa.

En pocas palabras, aquellos que dominaron el concepto ordinario de <mesa> al igual que el concepto filosófico de <partículas dispuestas en forma de mesa> tienen el derecho de inferir de la verdad no disputada «hay partículas dispuestas en forma de mesa», la afirmación ontológica de que hay mesas.⁸ De esta manera, los debates ontológicos sobre la existencia de objetos concretos se pueden decidir con la misma «facilidad» que los debates sobre entidades abstractas, eventos, etc. en disputa —mediante una generalización del mismo método.

La forma de planteamiento fácil que yo defendí extiende también la aplicabilidad del planteamiento en otro sentido. Mientras que todas las tres formas de ontología fácil aceptan que al menos algunas preguntas sobre existencia se puedan contestar haciendo inferencias triviales de verdades incontrovertidas, yo preveo que en algunos casos ni siquiera se necesite ninguna verdad incontrovertida inicial para contestar una pregunta de existencia con

⁸ Muy importante, las mesas no son *identificadas con* partículas dispuestas en forma de mesa —de manera que no tenemos un concepto coreferencial en la verdad no disputada. Las partículas dispuestas en forma de mesa no se pueden identificar con mesas: primero, parece que no es apropiado identificar una pluralidad con un individuo; segundo, aún si cambiásemos a una colección de partículas dispuestas en forma de mesa, estas tendrían diferentes condiciones de identidad que las de las mesas.

facilidad. De acuerdo al planteamiento deflacionario para preguntas de existencia argumenté en otro lugar (2007a, 2008, 2014a) que es una regla fundamental del uso del término «refiere» (como predicado monádico) que un concepto de especie <K> refiere si y sólo si Ks existen. Los términos y conceptos de especie, según argumenté, están asociados con condiciones de aplicación: «Ks existen» es verdadero exactamente en caso de que se cumplan las condiciones de aplicación para <K>. Las condiciones de aplicación se encuentran entre las reglas semánticas para el uso de los términos que dominamos, las cuales confieren a parlantes competentes la capacidad de evaluar situaciones reales e hipotéticas como si en ellas el concepto <K> asociado pudiera o no ser apropiadamente aplicado. Como resultado, las preguntas de existencia de la forma «¿existen Ks?» se pueden decidir mediante la determinación de si las condiciones de aplicación para <K> se cumplen.

Una vez establecido lo anterior se puede ver a las inferencias triviales, que se usan para hacer argumentos ontológicos fáciles, como casos en los cuales, dadas las reglas de uso para conceptos de especie en cuestión, esté *garantizado* que las condiciones de aplicación de <K> se cumplan, si se da la verdad de alguna otra oración que no haga uso de <K> ni de ningún otro concepto co-referencial. Bajo el planteamiento fácil se puede decir que las verdades conceptuales que se usan en los argumentos triviales son articulaciones de reglas de uso para el término nominal introducido («número», «propiedad», «evento»,...) que garantizan que se cumplan las condiciones de aplicación para el nombre introducido, siempre que la afirmación incontrovertida sea verdadera. Esto es porque la verdad de la oración no controvertida nos da el derecho de inferir «hay un K». Esto hace posible ver en todos estos casos cómo los parlantes competentes pueden hacer uso de su dominio de conceptos, frecuentemente en combinación con un conocimiento empírico (ya sea que se haya obtenido mirando a su derredor en el restaurante, sabiendo que la nieve es blanca, que Jane nació en un martes o que las tazas y los platillos son equinúmeros) para llegar fácilmente a las conclusiones que hay cosas de la especie relevante. En los casos en que se puede inferir la existencia de entidades relevantes desde una verdad conceptual, más que de una verdad empírica, se puede decir que las condiciones de aplicación para el término nuevo son vacuas; se garantiza *simpliciter* que las mismas sean cumplidas. Si se considera inadecuado siquiera hablar de estos términos como teniendo condiciones de aplicación (puesto que está garantizado que refieren), entonces se puede hablar de estos términos como teniendo meramente reglas de introducción en lugar de condiciones de

aplicación. (Términos como «propiedad» y «proposición» pueden tener significados claros aún si ambos tienen condiciones de aplicación vacuas, dadas sus diferencias en su papel inferencial —incluyendo diferencias en sus reglas de introducción.) En otros casos, en los cuales un término tiene condiciones de aplicación sustanciales (sin garantía de que se cumplan), se puede decir que la regla de introducción general es expresada en la verdad conceptual que garantiza la verdad de la afirmación ontológica *siempre que se cumplan las condiciones de aplicación* (lo que a su vez es garantizado siempre que la afirmación incontrovertida —que no es ella misma una verdad conceptual— sea verdadera).

Este planteamiento deflacionario para preguntas de existencia nos deja dos resultados importantes: en primer lugar, podemos obtener un punto de vista general acerca de por qué las inferencias que parecen triviales son válidas de hecho —puesto que la verdad de la afirmación incontrovertida garantiza que se cumplan las condiciones de aplicación para el término nominal introducido. En segundo lugar, se puede ver que en algunos casos se pueden contestar fácilmente preguntas de existencia (recurriendo al trabajo empírico y a la competencia conceptual) incluso sin hacer uso de una verdad incontrovertida inicial al hacer la inferencia trivial. Por ejemplo, aunque he argumentado que los debates ontológicos sobre la existencia de mesas se pueden resolver mediante inferencias triviales de la verdad incontrovertida de que existen partículas dispuestas en forma de mesa, no tenemos que tener dominio del concepto de <partículas dispuestas en forma de mesa> para hacer la inferencia y concluir que las mesas existen. Alguien que carece del concepto <dispuesto en forma de mesa> (o de <partícula>) desde luego no podría hacer uso de la afirmación incontrovertida para inferir la existencia de mesas. Parece, sin embargo, que cualquiera que esté en posesión del concepto *mesa* está justificado, al percibir mi comedor verídicamente, para concluir que las mesas existen —aún si no parte al principio de una verdad incontrovertida para hacer una inferencia a esta conclusión. En la versión generalizada de este punto de vista podemos aceptar que un parlante competente no está menos justificado para hacer uso de su competencia conceptual para inferir «hay una mesa» al observar verídicamente mi comedor de lo que estaría para inferir que «hay una propiedad» a partir de saber que «el vestido de Beyoncé es rojo» sea verdadero.

Generalizando el planteamiento de esta manera nos hace posible ver cómo preguntas de existencia pueden ser contestadas fácilmente aún en casos en que no haya ninguna «verdad incontrovertida» que podamos enunciar en términos

que emiten el concepto *P* (o cualquier concepto co-referencial) y del cual se puede hacer la inferencia trivial. Esto conlleva otras ventajas; ya que, si lo que nos hace falta es la verdad de una afirmación incontrovertida como base para resolver una disputa ontológica, entonces existe cierto riesgo de que los metafísicos con una determinación más seria tomarán la afirmación incontrovertida como la única que es «realmente verdadera», o que corresponde a la «estructura lógica del mundo», o algo similar (éste es un movimiento que Hale y Wright rechazan en todo caso (2009)). Pero si no nos hace falta empezar con una verdad incontrovertida (enunciada en términos que no involucren el concepto *K* (o algún concepto co-referencial)), entonces no reforzamos ninguna ilusión de que haya una manera más básica, ontológicamente más adecuada, para *describir* la situación que podría alentar la idea de que las afirmaciones ontológicas, expresadas usando el nombre recién introducido puedan verse como mero modo de hablar, o como alguna otra cosa que verdades directas y literales.

Cada una de estas tres posiciones ontológicas fáciles depende de esta manera menos en hacer argumentos ontológicos fáciles que el punto de vista que la precede. Mientras que la posición neo-fregeana hace uso de un enunciado de identidad verdadero para argumentar que el término refiere y, de esta manera, que hay entidades relevantes, Schiffer no requiere ningún enunciado de identidad verdadero. Pero mientras él no requiere que el enunciado del cual arrancamos sea un enunciado de *identidad*, él empieza (igual que el neo-fregeano) con un enunciado verdadero incontrovertido (*S*) (que no involucre el concepto en disputa ni uno co-referencial con éste) para usarlo en la inferencia trivial que nos lleva a la conclusión ontológica. En cambio, yo ni siquiera requiero que haya ningún enunciado verdadero conceptualmente claro para llegar fácilmente a la conclusión ontológica en disputa, haciendo uso únicamente de nuestra competencia conceptual y (a veces) de habilidades empíricas. Todas, sin embargo, se pueden clasificar aún como planteamientos «fáciles» en el sentido de que dan lugar a que contestemos preguntas ontológicas usando inferencias triviales de verdades incontrovertidas. Quizá más importante, todas las formas del punto de vista mantienen que no se requiere más que trabajo conceptual y (a veces) conocimiento empírico para resolver las preguntas de ontología a que se aplican —no se requiere nada «epistémicamente metafísico».

§2. Resultado de primer orden: realismo simple

El hacer uso del planteamiento fácil para la ontología (en la forma que sea) conlleva directamente consecuencias de primer orden acerca de lo que decimos que existe: típicamente conlleva que se afirme la existencia de las entidades en disputa. Pues en la mayoría de los casos ardientemente disputados, las verdades no retadas nos pueden llevar por medio de inferencias pleonásticas o triviales a la conclusión de que las entidades controvertidas (números, proposiciones, propiedades, etc.) existen.

Frecuentemente se piensa, sin embargo, que si se puede llegar a conclusiones ontológicas por medio de estas inferencias triviales, los objetos de los cuales se dice ahora que existen no pueden, en sí mismos, ser muy sustanciosos: hay que reducirlos de alguna manera en estatus ontológico, meras sombras de lenguaje, o bien la afirmación de existencia en sí misma tendrá que ser reducida en estatus ontológico desde afirmaciones de existencia más serias. Schiffer mismo frecuentemente habla de esta manera, refiriéndose a la ontología resultante —una ontología que él llama entidades «pleonásticas»— como un tipo de ontología «barata» (1994, p. 304), y sugiere que las entidades que aceptamos son «ontológicamente superficiales» (1994, p. 304), «delgadas y sin consecuencias» (2003, p. 62). Al reconocer su existencia, escribe, «sólo estamos siguiendo el juego de lenguaje que introduce estas nociones»; su existencia debería tratarse de una «manera adecuadamente deflacionaria o minimalista» (1994, p. 305).⁹ Las proposiciones, por ejemplo, son meras «sombras de oraciones» (1996, p. 153) y se dice de ellas que «no son ontológica y conceptualmente tan independientes de nosotros como las rocas y los electrones, que hay un sentido en el que ellas son productos de nuestras prácticas lingüísticas o conceptuales, un sentido, en el cual las propiedades y las proposiciones son entidades creadas por la mente o por el lenguaje» (1996, p. 153). Hofweber parafrasea el punto de vista de Schiffer diciendo que mantiene que estas son «entidades de segunda clase cuya existencia está garantizada sólo porque se habla de cierta manera» (2007, p. 5).

Argumenté en otro trabajo (2001) contra la afirmación de que las entidades con las cuales nos comprometemos son creadas en algún sentido por la mente o el lenguaje o dependen de estos, y Schiffer mismo, al final de cuentas, parece

⁹ Esta manera de hablar les indujo a algunos también a pensar que los compromisos ontológicos que obtenemos de inferencias triviales son, en algún sentido, sólo ficticios o pretendidos (conforme «sigamos» el juego de lenguaje relevante) (Yablo 2002, 2005). He argumentado en otro trabajo (2013) que esto es un error.

evitar comprometerse en este sentido —él explícitamente niega el punto de vista conceptualista de que «las propiedades son creaciones de nuestras prácticas conceptuales o lingüísticas», puesto que las propiedades existen en todos los mundos posibles, mientras lo mismo no es el caso de nuestras prácticas conceptuales y lingüísticas (2003, p. 66).

Pienso también, sin embargo, que hay más que se puede decir sobre esto. Mi admiración por la obra de Schiffer no obstante, la cual muestra cómo las inferencias triviales nos pueden guiar a compromisos ontológicos, yo pienso que no deberíamos sugerir que las entidades con las cuales nos llegamos a comprometer por el camino de las inferencias triviales son de manera general «delgadas y carentes de consecuencias», «ontológicamente superficiales», o que su existencia debería ser entendida de algún modo de una manera deflacionaria. En lugar de esto deberíamos decir, simplemente, que tales entidades existen —y punto— y luego adoptar un simple punto de vista realista sobre ellas. Déjenme explicar:

Las afirmaciones de Schiffer sobre que las, así llamadas, entidades pleonásticas tengan un estatus ontológico disminuido parecen provenir de tres observaciones:

1. Epistemología: entidades así tienen un «estatus epistemológico disminuido» en cuanto que para enterarse de la existencia de propiedades, proposiciones o estados lo único que se requiere es ser introducido a juegos de lenguajes que involucran estos términos; mientras que lo mismo no es el caso para gatos, árboles o volcanes (2003, p. 62).
2. Causalidad: las entidades pleonásticas se tienen por no consecuenciales en el sentido de que la adición de los conceptos en cuestión a una teoría previa sólo «extiende conservativamente» a esta teoría, y «no hace nada para alterar la postura de esta teoría respecto al orden causal pre-existente» (2003, p. 63).
3. Modalidad: la naturaleza de las entidades pleonásticas son determinadas por nuestras prácticas lingüísticas y conceptuales de manera tal que no hay en sus naturalezas nada adicional a lo que nuestras prácticas determinan; no hay ninguna «naturaleza escondida por descubrir para una investigación empírica» (2003, p. 66).

En cada caso, Schiffer escribe como si hubiera una diferencia importante entre lo «poco profundo» de las entidades pleonásticas con las cuales nos podemos comprometer por medio de semejantes inferencias triviales, y la «profundidad» de las entidades naturales «más robustas» como los árboles. En el caso epistemológico, él contrasta las entidades pleonásticas y no pleonásticas argumentando que el enterarse de la existencia de entidades físicas como electrones requiere de un descubrimiento sustancial, mientras que para enterarse de la existencia de proposiciones, por ejemplo, es necesario y suficiente con adoptar simplemente el juego de lenguaje relevante que nos lleva de, e.g., «la manzana es roja» a «es verdad que la manzana es roja» (Schiffer 1994, p. 307).

Según yo veo las cosas, el contraste aquí es engañoso. Ya que —dependiendo de cuáles verdades incontrovertidas tenemos para empezar— nosotros podemos estar en posición de contestar preguntas sobre la existencia de los árboles no menos fácilmente que las preguntas sobre la existencia de eventos o propiedades. Si nosotros empezamos en un debate metafísico desde la verdad incontrovertida de que ciertas partículas están dispuestas en forma de árbol, entonces podríamos continuar para hacer uso de nuestra competencia conceptual que nos justifica a aceptar que, si hay partículas dispuestas en forma de árbol, entonces hay un árbol, e inferir de ahí la existencia de árboles. El hecho de que podemos llegar a saber de la existencia de determinadas cosas al emprender inferencias triviales no muestra que las propias entidades sean de alguna manera disminuidas epistémicamente u ontológicamente superficiales —o que hay alguna diferencia crucial entre ellas y los viejos objetos concretos regulares como los árboles. En cualquiera de estos casos se puede avanzar del conocimiento de una verdad incontrovertida que no hace ningún uso del nuevo concepto (o de ningún concepto del cual se supone que es co-referencial con éste) para obtener fácilmente conocimiento de la existencia de la nueva especie de entidad.

En cuanto a la causalidad, Schiffer nuevamente sugiere que hay un contraste entre conceptos como <propiedad> o <proposición>, y conceptos como <cita deseada>, o supuestamente como <persona>, <volcán> o <electrón>. Debido a que los primeros son causalmente inconsecuentes —su adición extiende conservativamente una teoría—, mientras que éstos no lo son. Pero yo pienso nuevamente que esto es, al menos, engañoso. La pregunta de si un concepto

dado es una extensión conservativa es un asunto *relativo*: relativo a la teoría previa aceptada. Una vez que tengamos un lenguaje sobre cosas que nos capacite de decir que el libro de apuntes es rojo, lo podemos de hecho extender en sentido conservador adicionando la noción de una propiedad; y, en general, se mantiene todo lo que Schiffer dice sobre las nociones de propiedad, proposición, etc., siendo extensiones conservativas de nuestro lenguaje tal como es considerado sin su introducción. Pero como yo argumenté, nosotros podemos usar también inferencias triviales para adquirir compromisos con mesas y árboles si comenzamos (en una disputa metafísica) de afirmaciones no disputadas como «existen partículas dispuestas en forma de volcán» —puesto que (para modificar Schiffer 2003, p. 52) «tener la práctica [de usar el término «volcán»] es tener el *concepto* [<volcán>], y *es una verdad conceptual* —una verdad que se puede saber a priori gracias al dominio del concepto— *que la existencia de volcanes* está garantizada siempre que haya partículas dispuestas en forma de volcán». El concepto de <volcán> no extendería en sentido conservador una teoría previa que no comprendiera picos llenos de lava en explosión, pero extendería en sentido conservador una teoría previa que haría afirmaciones empíricas formuladas en el lenguaje de partículas estando dispuestas en forma de volcán. Y lo mismo se podría decir sobre otros conceptos de términos concretos. Esto menoscaba el contraste afirmado y, quizá aún más importante, ofrece un recordatorio de que el hecho de que un término extiende en sentido conservador una teoría previa no demuestra que las entidades que se refieren con el término sean «sin consecuencia» en el sentido de *carecer* de poderes causales: esto no muestra nada sobre la posición causal/ontológica de las entidades referidas. En vez de esto muestra meramente que la adición del concepto relevante no tiene ninguna consecuencia para los *compromisos empíricos vigentes* de la teoría, sean estos los que sean.

El caso modal requiere un poco más de discusión. Schiffer traza un contraste similar con relación a las naturalezas de los objetos en cuestión: para aprender algo sobre la naturaleza de los electrones o de los árboles se necesitan hacer investigaciones sustanciales acerca de las cosas en sí mismas. En contraste, dice, para aprender todo cuanto se puede saber sobre la naturaleza de proposiciones, propiedades u otras entidades pleonásticas, sólo se tienen que estudiar los juegos de lenguaje por medio de los cuales son depositadas en nuestra ontología (Schiffer 1996, p. 159). Las entidades pleonásticas de esta manera no tienen, se dice, «ninguna naturaleza escondida o sustancial que una

teoría podría descubrir» (cita); «no hay nada en las naturalezas de estas cosas de lo que estos pequeños juegos de lenguaje determinan» (1994, p. 305) —un punto que los contrasta supuestamente con entidades físicas o concretas más «robustas» (Johnston 1988, p. 38).

Pero tal como argumenté en otro trabajo (2007b) (pero no puedo argüir aquí separadamente), el punto de que las naturalezas de entidades son determinadas por nuestras prácticas lingüísticas o conceptuales es válido de manera completamente general —no sólo para entidades como propiedades y proposiciones. En cada caso (según argumenté) hablar de las características modales *más básicas* que determinan las «naturalezas» de las entidades que deberían ser referidas es el correlato del lenguaje objeto de reglas para el uso del término, y la vía para descubrir estas características modales básicas pasa por la competencia conceptual, no por la investigación metafísica profunda. Ya sea que hablemos de árboles, personas o proposiciones, los hechos modales más básicos (según argumenté (2007b)) son correlatos de lenguaje objeto de las reglas para el uso del término.

Parece entonces en general que no hay diferencias de aplicación generalizada que se puedan trazar entre entidades cuya existencia se puede inferir de inferencias triviales de una verdad incontrovertida y aquellas donde no se puede. Si se puede inferir la existencia de un tipo de entidad K dado por medio de inferencias triviales depende en gran medida de qué lenguaje o teoría se tiene, y qué verdad no disputada en este lenguaje, de los cuales se puede hacer la inferencia relevante. Es totalmente cierto, por ejemplo, que <árbol> y <mesa> no son conceptos pleonásticos en nuestro lenguaje inglés real (no filosófico) y si no tenemos una terminología como «partículas dispuestas en forma de mesa» puede ser (dependiendo de qué otros términos o conceptos tengamos) que no podamos inferir de manera trivial que las mesas existen desde ninguna verdad indisputada que se pueda enunciar en ese lenguaje sin el concepto <mesa>. Si adicionamos, sin embargo, la terminología de disposiciones en forma de n, entonces podemos hacer la inferencia trivial. Pero si tenemos en nuestro lenguaje términos como «partículas dispuestas en forma de mesa» no puede hacer ninguna diferencia acerca del estatus ontológico de *las mesas mismas* —de si las mesas son, en algún sentido, entidades «superficiales» o no. Por lo tanto, no deberíamos buscar entonces diferencias en la situación ontológica de entidades con las que podemos versus no podemos comprometernos (o con las que lo hemos hecho versus con las que no lo hemos hecho) por medio de inferencias triviales. Quizá seamos capaces de

distinguir cuáles conceptos son adiciones pleonásticas a un lenguaje dado y cuáles no, pero no parece haber una respuesta absoluta sobre si las entidades a que se refiere un concepto dado son pleonásticas.

Nada de esto tiene la intención de negar que pueda haber importantes diferencias epistémicas, modales y causales entre, digamos, árboles y proposiciones —de hecho, es posible que Schiffer esté señalando algunas diferencias cruciales entre entidades de estos tipos. Pero la diferencia que hay que trazar no es en cuanto a «poca profundidad» versus «mucho profundidad» ontológica de estas entidades cuya existencia podamos o no podamos inferir a través de inferencias triviales. En su lugar, el contraste significativo parece ser entre entidades cuya existencia podemos inferir dada la verdad de una *verdad empírica* indisputada y entidades cuya existencia podemos inferir de una *verdad conceptual*.¹⁰ Ya que en el primer caso se requiere algún trabajo empírico para descubrir la existencia de las entidades relevantes: se tiene que saber que alguna afirmación empírica incontrovertida que se puede introducir a la regla es *verdadera* para saber que la entidad existe (e.g. se tiene que saber que algunas partículas están dispuestas en forma de volcán para inferir la existencia de volcanes). En el segundo caso, en cambio, no se requiere ningún trabajo empírico (nosotros podemos inferir que la proposición <la nieve es blanca> existe, sin tener en cuenta si «La nieve es blanca» es verdadera o no).

En cuanto a la causalidad podemos sospechar de nuevo que allí, donde la existencia de las entidades investigadas se tiene que inferir de verdades *empíricas*, las entidades podrían tener un impacto causal; allí, donde se puede inferir de una verdad meramente conceptual, allí no lo tienen. Conceptos de eventos como <ataque cardíaco> son, supuestamente, conceptos pleonásticos: se puede inferir la existencia de ataques cardíacos de una verdad empírica como sigue: de «el corazón de Smith dejó de latir» estamos justificados de inferir «Smith tenía un ataque cardíaco» y de esta manera que hay eventos (a saber, ataques cardíacos). Pero, mientras <ataque cardíaco> podría extender conservativamente una teoría previa que hace referencia sólo a corazones y sus latidos, no deberíamos concluir que los ataques cardíacos carecen de eficacia causal o que sean causalmente inconsecuentes en algún otro sentido. Es decir, aún si entidades como números, propiedades y proposiciones, cuya existencia podríamos inferir de una verdad conceptual, carecen totalmente de impacto

¹⁰ En la terminología que usé anteriormente, la diferencia es entre aquellos conceptos que son mínimos *relativamente* contra aquellos que son mínimos *absolutamente*.

causal, no podemos inferir que lo mismo es verdad de aquellas entidades cuya existencia inferimos trivialmente de una verdad empírica.

Nosotros podemos encontrar un contraste similar si se trata de características modales. Si tenemos que empezar con una verdad empírica para hacer la inferencia relevante a la existencia de nuevas entidades, entonces, mientras las características modales más *básicas* de las entidades a que se quiere referir son correlatos de lenguaje objeto de las reglas de uso para los términos relevantes, hablar de sus naturalezas podría ser también deferencial al mundo de manera que nos ponen en posición de complementar los detalles de propiedades modales más particulares por medio de la investigación empírica. Cualquiera competente en el uso del término «papel» puede saber, por ejemplo, que una pieza de papel no puede sobrevivir siendo quemada hasta ser cenizas, pero podemos continuar para descubrir exactamente qué temperaturas llevan a que el papel se queme y ocasionan de esta manera su destrucción —aprendiendo de esta manera más acerca de la «naturaleza» del papel. No parece haber ninguna función empírica comparable de aprendizaje sobre la naturaleza de aquellas entidades cuya existencia se podría inferir de una verdad conceptual. Como resultado, puede haber de hecho menos que aprender sobre la naturaleza de proposiciones y propiedades que sobre la naturaleza de volcanes, árboles o tigres; y lo que se aprende en el primer caso podría aprenderse por medios puramente conceptuales, mientras que el segundo caso implica trabajo empírico.

Argumenté que no se puede inferir ninguna diferencia en posición ontológica de entidades cuya existencia se acepta por medio de una inferencia trivial contra aquellas donde no se hace esto. Cualesquier diferencias que se den en casos individuales (digamos, aquellos de árboles en comparación con proposiciones) se atribuyen mejor a diferencias entre aquellos casos en los cuales se requiere una verdad empírica contra una verdad meramente conceptual para inferir su existencia. Se debería rechazar en todo caso que las entidades aceptadas (por cualesquier de estos tipos de inferencia) son ontológicamente reducidas o existen en alguna manera de segunda clase.¹¹ Las

¹¹ Carnap enfatiza de manera similar que son las reglas que introducen el concepto o término <propiedad> o <número> lo que nos autoriza a hacer inferencias triviales a la conclusión ontológica (1950, pp. 208-210). Schiffer mismo establece un punto similar, argumentando que se pueden conocer cosas como las propiedades que existen independientemente de una práctica lingüística o conceptual meramente al participar en esta práctica «porque participar en la práctica es tener el concepto de una propiedad, y tener el concepto de una propiedad es saber a priori las verdades conceptuales que corresponden a este concepto» (2003, p. 62).

verdades conceptuales que sustentan las inferencias triviales deberían ser vistas como las articulaciones de reglas para la introducción de nuevos conceptos a un lenguaje que empezó sin ningún concepto co-referencial (aunque esto es, desde luego, meramente como si pretendiéramos hacer, y no haciendo verdaderas afirmaciones sobre etimología. Tal como dice Schiffer, es como si alguien introdujera las nociones relevantes en parte dándonos estas transformaciones de algo desde nada (1994, p. 306)). Si tomamos en serio la idea de que las verdades conceptuales, que nos dan la capacidad de hacer inferencias triviales de algo-desde-nada, son articulaciones de lenguaje objeto de reglas de uso para el término de especie «N» usado en la conclusión, entonces no deberíamos decir en la conclusión algo menos que los Ns existen (en el único sentido que «N» tiene). Mientras se usen los términos <propiedad> o <número> en su sentido estándar, se pueden contestar fácilmente en sentido afirmativo las preguntas de existencia internas —y decir simplemente que estas cosas existen, punto. Pero entonces terminamos en cada caso como realistas acerca de las entidades en cuestión, afirmando que hay propiedades, proposiciones, números, etc., no en algún sentido reducido o cuasi-sentido, sino más bien *en el único sentido que estos términos tienen*. Esto es, entonces, un realismo directo, completo acerca de las entidades en cuestión. Y por consiguiente, si se entiende apropiadamente, el punto de vista no se debería caracterizar como la posición de que las *entidades* aceptadas son desinfladas o tienen algún estatus de «segunda clase». Lo que es desinflado, en lugar de esto, son los *debates ontológicos* acerca de estas entidades (elaboro esto más adelante). De manera que, para estar claro, yo llamo a la posición de primer orden que resulta del planteamiento fácil, «realismo simple», y a la posición meta-ontológica resultante «deflacionismo».¹²

Yo argumenté arriba que deberíamos conservar los argumentos pleonásticos a favor de la existencia de entidades en disputa, pero abandonar la idea de que éstas existen en un sentido de alguna manera reducido, desinflado o en un cuasi-sentido, y afirmar en vez de esto un realismo simple sobre cada una de las entidades en cuestión. Si nos encaminamos por allí ¿qué es a lo que renunciamos? Habría a quien atrae la idea de que estas entidades en disputa son «superficiales» o existen en un sentido de alguna manera «desinflado»

¹² Esto no quiere decir, sin embargo, que el planteamiento fácil para preguntas de existencia resulte en que aceptemos la existencia de supuestos objetos de absolutamente todo tipo, incluyendo cosas (putativas) como flogisto y brujas. Véase Schiffer (1996, p. 152) y mi (2009 y 2015).

porque piensan que esto se compagina más fácilmente con una ontología naturalista. Esto, sin embargo, no parece ser la motivación propia de Schiffer —sus motivos provienen más bien de preocupaciones dentro de la teoría de significado, en particular, la necesidad de una teoría para proposiciones que las trataría como no estructuradas y detalladas, y conocibles a priori por medios conceptuales. No se pierde, sin embargo, nada de esto, al abandonar la retórica de tratarlas como entidades con un estatus ontológico o una especie de existencia de segunda clase, «desinfladas». Por ejemplo, Schiffer usa la concepción pleonástica para defender la idea de que se puede evitar tratar las proposiciones como composicionalmente determinadas. Puesto que las prácticas determinan todo lo que se puede saber acerca de las naturalezas de proposiciones, y «las prácticas determinantes de su naturaleza determinan, de la manera trivial esbozada, que nuestras oraciones expresan proposiciones, pero no determinan, y son consistentes con que no sea el caso, que estas proposiciones están determinadas composicionalmente» (1994, p. 308).¹³ Este motivo, sin embargo, no se menoscaba en lo más mínimo por las modificaciones sugeridas más adelante. Aunque, de acuerdo a este punto de vista deberíamos simplemente decir que las proposiciones existen (punto —no que existan en algún sentido desinflado), sigue siendo cierto que todo lo que hay acerca de sus naturalezas está determinado por nuestras prácticas lingüísticas y conceptuales. Si estas prácticas dejan indecisa la cuestión, según Schiffer argumenta y según parece plausible, de que las proposiciones sean determinadas composicionalmente, entonces podemos mantener la solución sugerida de la paradoja de significado y mantener igualmente las demás ventajas que se buscan al tratar las proposiciones como entidades pleonásticas.

Pero si permitimos que el planteamiento fácil de la ontología implique típicamente un realismo simple acerca de las entidades en disputa y no un punto de vista de que estas cosas son alguna especie de entidades de segunda clase o existen en alguna especie de sentido desinflado, entonces surge otra

¹³ Y al evitar el punto de vista de que las proposiciones estén determinadas composicionalmente, se puede tener la esperanza de resolver la paradoja de significado que surge por aceptar:

1. Las cláusulas-que se refieren a proposiciones
2. La referencia de una cláusula-que es determinada por su sintaxis y las referencias que sus palabras tienen en ella
3. No hay una explicación defendible de la determinación composicional de la referencia de cláusula-que que es consistente con (1) y (2) (1994, p. 279)

Ya que podemos rechazar el compromiso con la composicionalidad expresada en (2).

pregunta. ¿Cómo difiere el punto de vista realista simple resultante del punto de vista del platonismo tradicional, si ambos aceptan que las entidades en disputa existen?

Mientras que el realismo que típicamente obtenemos acerca de entidades como propiedades, proposiciones, artefactos, organismos y otras similares se parece superficialmente al realismo tradicional, hay también un sentido en el cual la forma de realismo resultante difiere de manera importante de realismos estándar como el platonismo con relación a números o propiedades. El género de realismo con que nos deja el planteamiento fácil afirma que hay, de hecho, los objetos en disputa, pero no los trata como «entidades postulados» o como «entidades explicativas» de nuestro discurso, de la verdad de nuestras oraciones, de nuestro conocimiento, ni nada por el estilo. Para señalar la diferencia llamaré al primero «realismo simple», y al segundo, realismo «explicativo» o «de peso completo».

Las motivaciones por el realismo varían, pero en particular entre aquellos metafísicos pos-quineanos que se ven a sí mismos como construyendo una mejor «teoría», la motivación incluye típicamente la afirmación de que «postular» las entidades relevantes ofrece algún beneficio «explicativo».¹⁴ El platonista, por ejemplo, apela a los números para que nos ayuden a explicar nuestro discurso sobre números, su objetividad, su utilidad en las ciencias, etc. El realista de peso completo acerca de las propiedades mantiene que la existencia de propiedades podría «explicar» qué es lo que dos cosas podrían tener en común, etc. Pero mientras el realista simple acepta que haya tales entidades, él niega que las mismas sean postulados ontológicos profundos explicativos; en su lugar, la existencia de las entidades en cuestión es una consecuencia trivial de la verdad de otras oraciones (incontrovertidas).

No sólo el realista simple deja de apelar al poder explicativo u otro similar para justificar su aceptación de las entidades en cuestión; él no lo *puede* hacer. Todo intento de hacerlo produciría meramente una explicación de virtud dormitiva. Considérese la explicación clásica de virtud dormitiva de Moliere: P: «¿por qué las amapolas nos hace somnolientos? R: «porque ellas tienen la virtud dormitiva». Ahora bien, si decir que algo tiene la virtud dormitiva es sólo una manera estrafalaria para decir que nos hacen adormilados, puede ser perfectamente verdadero decir que las amapolas tienen la virtud dormitiva. El

¹⁴ Hasta yo misma hablé de esta manera algunas veces en *Fiction and Metaphysics* (1999). Aún no me había vuelto reflexiva sobre la metaontología, y de esta manera participaba en el juego dominante. Me retracto de todo esto.

chiste reside, sin embargo, en el hecho de que si A es sólo una manera más estrafalaria para volver a enunciar el hecho de que las amapolas *de hecho* nos hacen adormilados y, por consiguiente, es redundante, entonces claramente no puede (como pretende) proveer ninguna *explicación* del hecho en cuestión —sólo lo vuelve a enunciar en diferentes términos. Dicho con más precisión, y más apegado a las observaciones previas, si una afirmación de existencia se deriva por inferencia trivial de una afirmación incontrovertida, la misma no puede contribuir ningún poder explicativo *adicional* al que obtenemos de la propia afirmación incontrovertida. De esta manera, tanto «las amapolas nos hacen adormilados» o «las amapolas tienen la virtud dormitiva» pueden explicar otros hechos —como «¿por qué Dorothy se durmió después de caminar a través de ese campo?» Y de manera similar, tanto «las partículas dispuestas en forma de pelota de baseball impactaron en la ventana» o «Una pelota de baseball impactó la ventana» pueden explicar por qué la ventana se quebró. Pero en ninguno de estos casos podemos incrementar el poder explicativo mediante el cambio de la primera expresión a la segunda (que contiene un nuevo nombre).

De manera similar podemos avanzar bajo el punto de vista del realista simple (en contraste con el punto de vista del realista explicativo) de «la casa es roja» a «hay una propiedad, rojez, que la casa tiene». Pero no podemos usar esta para *explicar* por qué la casa es roja —sólo es una manera redundante para reformular aquella (introduciendo un nuevo término nominal para una propiedad), y por consiguiente no se puede usar para explicar nada en absoluto (ni siquiera para ofrecer una «explicación metafísica» de la posesión de una propiedad). Entonces, de acuerdo al punto de vista del realismo simple hay efectivamente las entidades en disputa, pero estas no son «postulados» que son partes de «teorías» cuya inclusión se justifica con su poder explicativo. En su lugar, nosotros podemos ver simplemente que está garantizado que haya tales cosas dada la verdad de una oración incontrovertida.¹⁵

¹⁵ Esto no pretende negar que hablar de proposiciones puede *figurar en* las explicaciones causales —o inclusive que la capacidad de entrar en un habla sobre proposiciones puede ser de importancia crucial para explicar nuestro comportamiento o conocimiento por testimonio (véase Schiffer 2003, Capítulo 8). Pero el papel de las proposiciones en las explicaciones de conducta puede ser, según Schiffer sugiere, como el papel de los números en las explicaciones científicas (2003, p. 334). Podemos decir que Sally fue al centro comercial porque pensó que su amiga estaría ahí, o que el puente colapsó porque el número máximo de toneladas que pudo resistir era 250. Pero en ninguno de estos casos la «postulación» de la existencia de proposiciones o de números «explica» el hecho observado de la manera como postulando la presencia de ratones en mi ático podría explicar los agujeros masticados en mi equipo de campamento (¡asumiendo que no se postularon ya partículas dispuestas a manera de

Y puesto que esto (a diferencia de versiones anteriores desarrolladas por Schiffer y los neo-fregeanos) es un punto de vista universal, esto significa que en general el ontólogo fácil no puede adoptar ningún tipo de teoría de hacedores de verdad en la cual *postulamos* cierta ontología (en oposición a ontologías rivales) con la finalidad de *explicar* qué es lo que hace nuestras oraciones verdaderas. Bajo el planteamiento deflacionario, no se puede pensar en árboles o electrones, digamos, como «postulados» que se usan para «explicar» lo que hace verdadera una oración como «hay un árbol en el patio» o «se emitió un electrón», de lo que se pueden usar las propiedades para explicar qué hace verdadera «la casa es roja». Esto no significa, desde luego, que se niegue la equivalencia: que «hay un árbol en el patio» es verdadero si y sólo si hay un árbol en el patio; sólo se niega que sea *explicativo*. Tampoco significa que se niegue que otros tipos de explicaciones involucrando la apelación a árboles o electrones sean perfectamente legítimas, e.g., podemos explicar por qué hay hojas en todo el patio diciendo que hay allí un árbol sufriendo de una enfermedad; podemos explicar por qué un átomo cambió su carga diciendo que emitió un electrón. Y el rechazo de cierto tipo de teoría de hacedores de verdad de peso completo por supuesto no significa que se niegue que el mundo de hecho haga verdaderas o falsas nuestras oraciones —y que si fuera diferente, la oración sería falsa. El punto es meramente que no deberíamos pensar en las afirmaciones en ontología filosófica como postulados teóricos para explicar la verdad de nuestras oraciones: la ontología filosófica, bajo este punto de vista, no es teórica en ningún sentido que involucre una *explicación*.

El punto anterior se puede ver como diferente de los puntos de vista típicamente platónicos de entidades *abstractas* en otro sentido: el platónico de peso completo piensa en los números o las propiedades como entidades que se pueden descubrir y que podrían tener propiedades modales detectables (Schiffer 2003, p. 65). Pero en el punto de vista anterior, sin embargo, esto también es un error, puesto que hablar de propiedades modales de estas entidades (cuya existencia se puede inferir de una verdad conceptual) se ve meramente como una reflexión de lenguaje-objeto de las reglas de uso para el término, y no hay nada más (según insiste Schiffer) que se pueda descubrir sobre las naturalezas de los números, propiedades y otras entidades cuya

ratón!). El uso puede, en vez de esto, según argumenta McCracken (2009, Capítulo 4) ser una utilidad pragmática de discurso de proposiciones o discurso de números en nuestras explicaciones (de lo que podríamos inferir legítimamente la existencia de proposiciones o de números).

existencia se pudiera inferir de verdades conceptuales que pudieran ser obtenidas mediante el análisis de nuestras prácticas lingüísticas y conceptuales.

§3. Resultado de segundo orden: deflacionismo metaontológico

El planteamiento fácil de preguntas de existencia no produce únicamente un realismo simple de primer orden sobre las entidades en disputa; los planteamientos de ontología fácil de todo tipo también llevan a la controvertida posición meta-ontológica de que algo está mal con muchos de los debates ontológicos *serios* que fueron emprendidos con sinceridad más o menos durante los últimos cincuenta años.

Según mencioné desde el principio, la ontología seria asume que hay preguntas de existencia que son «epistémicamente metafísicas» en el sentido de que no se pueden resolver ni con medios conceptuales/lingüísticos ni con los directamente empíricos, y que se tienen que plantear entonces por medio de un debate metafísico sustancial. Se pensó durante mucho tiempo que la amenaza más grande para la ontología provenía de la idea (popularizada por Hilary Putnam y Eli Hirsch) de que el cuantificador varía, o podría variar, en su significado de manera tal que los debatientes en las disputas sobre lo que existe sólo están hablando ignorándose unos a los otros —haciendo que el debate aparente sea sólo una disputa verbal.

Pero el planteamiento fácil de la ontología, en cambio, nos ofrece un punto de vista según el cual algo está mal con los debates ontológicos, y «no hay preguntas que sean apropiadas para debatir a la manera de los ontólogos» (Sider 2009, p. 386), pero que no dice que los debatientes no se entiendan mutuamente, cada uno profiriendo verdades en su propio lenguaje, o metidos en «diferentes —pero igualmente buenas— maneras de hablar» (Sider 2009, p. 386). Ya que, no obstante que bajo el planteamiento fácil las preguntas de existencia en disputa son significativas y contestables (generalmente en sentido positivo), resulta que se pueden contestar de manera tan trivial que los debates «serios» sobre estos temas en que se han empeñado tanto los metafísicos en las décadas recientes parecen mal dirigidos e inútiles. Así, el planteamiento fácil de la ontología presenta de esta manera una amenaza para la metafísica seria que es muy distinta de la amenaza presentada por la variación de cuantificador, y mientras que los metafísicos serios se han concentrado en defender su trabajo atacando la variación de cuantificado (van Inwagen 1998, 2009; Sider 2009),

tales argumentos no hacen nada para defender a la metafísica seria contra la idea de que las preguntas ontológicas se pueden contestar fácilmente.

Dada la amenaza que el planteamiento fácil presenta para los debates en curso en ontología, no es sorprendente que haya sido objeto de una gran cantidad de objeciones. No hay, desafortunadamente, espacio aquí para responder a las objeciones, pero podría ser útil, sin embargo, mencionar brevemente dónde se pueden encontrar las objeciones principales —y las respuestas a ellas. Algunos mantienen que semejantes puntos de vista involucran un compromiso con «demasiados objetos» o mágicamente definiendo cosas a la existencia.¹⁶ Se expresaron preocupaciones de que las inferencias triviales usadas están en la «mala compañía» de otras inferencias que causan problemas obvios, tales como el conflicto con hechos conocidos o contradicciones.¹⁷ Otros presentan sospechas contra la idea de que haya verdades conceptuales requeridas para suscribir las inferencias triviales.¹⁸ Aun otros mantienen que las inferencias no nos dan conclusiones ontológicas serias porque o bien se deberían leer como implícitas en el contexto del operador de pretensión¹⁹ o bien porque involucran un uso del cuantificador distinto de uno que sea genuinamente comprometedor ontológicamente (Hofweber, 2005a, 2005b, 2007; en cuanto a una respuesta véase mi 2015, Capítulo 9).

§4. Clarificando la epistemología de la metafísica

No obstante que el planteamiento fácil de la ontología puede ser percibido como una amenaza por los ontólogos serios y se enfrenta a una serie de retos, esforzarse para mostrar cómo podría superar esos retos bien vale la pena. Es que el planteamiento ofrece atractivos importantes que pueden ser mejor observados por aquellos que no están comprometidos con los debates de metafísica seria. Lo más importante es que muestra grandes promesas para resolver varios misterios epistémicos.

¹⁶ Véase Yablo (2000b), Bennett (2009). En cuanto a respuestas, véase mi (2007, Capítulo 3) y (2009b).

¹⁷ Linnebo (2009a) da una buena sinopsis. Versiones de objeciones de mala compañía fueron formuladas por Field (1984) y Eklund (2006a). En cuanto a respuestas véase Hale y Wright (2001), Schiffer (2003) y Linnebo (2009b).

¹⁸ La crítica más influyente de la idea de que haya verdades analíticas o conceptuales se encuentran en Quine (1951/1953) y en Williamson (2007). En cuanto a respuestas a Quine véase Strawson y Grice (1956) y mi (2007, Capítulo 2). En cuanto a respuestas a Williamson véase mi (2015, Capítulo 7).

¹⁹ Véase Yablo (2001, 2005); en cuanto a una respuesta, véase mi (2013).

Un atractivo epistémico que se discutió ampliamente por los neo-fregeanos es la posibilidad de desmistificar nuestro conocimiento de los números y de otros abstractos. Según lo ponen Hale y Wright, el punto de vista es motivado por su capacidad de «atacar directamente la pregunta de cómo el pensamiento proposicional sobre semejantes objetos es posible y cómo puede ser cognoscible» (2009, p. 178). Ya que, dadas las inferencias triviales que nos llevan a afirmaciones sobre abstractos, se puede ver cómo los parlantes pueden adquirir conocimiento de estas cosas al conocer las verdades incontrovertidas y dominar las reglas de uso para los términos que les dan el derecho de hacer las inferencias desde esas verdades incontrovertidas a la existencia de números y de entidades similares. Podemos así evitar de esta manera el problema epistémico con que se ve confrontado el platónico tradicional, al decir que se puede «hacer contacto con» y, de esta manera, adquirir conocimiento de los abstractos. Este punto de vista también hace posible aceptar que haya entidades relevantes sin las dificultades ontológicas en que ocurren los platónicos que las tratan como postulados explicativos (véase también mi 2007a (en particular los Capítulos 9 y 10) y 2009b).

Aún más importante es su capacidad de clarificar la epistemología de la ontología misma. Es que la metafísica seria se enfrenta a una crisis epistémica. Los debates emprendidos y las posiciones defendidas han proliferado a una tasa alarmante, con nada parecido a una convergencia a la verdad para mostrarlo como el resultado del esfuerzo de las mejores mentes en metafísica, ni siquiera algún acuerdo acerca de cómo pudieran ser resueltos semejantes debates. Los metafísicos serios insisten en que las preguntas ontológicas no se pueden resolver directamente por medios empíricos y, de hecho, la mayoría de los puntos de vista ontológicos son equivalentes empíricamente (y por más contra-intuitiva que su posición aparentemente sea, los ontólogos serios típicamente enfatizan que su ontología no está en conflicto con ningún hecho o ninguna observación empírica). Pero los debatientes insisten también en que las preguntas ontológicas no se pueden contestar por medios lingüísticos o conceptuales —esto es lo que supuestamente convierte a las preguntas en preguntas metafísicas serias. La ontología seria nos deja de esta manera con un misterio epistémico de cómo exactamente podríamos posiblemente llegar a saber quién tenía la razón en estos debates ontológicos, o cuáles sean las respuestas para nuestras preguntas de existencia. Algunos metafísicos parecen poco preocupados por esto. Sider, por ejemplo, escribe:

La epistemología de la metafísica está lejos de estar clara; esto lo debería conceder cualquier metafísico. Para lo que vale, como epistemología general de la metafísica yo prefiero el pensamiento vago, vagamente quineano, de que la metafísica es continua con la ciencia. Nosotros empleamos muchos de los mismos criterios —sean estos los que sean— para la selección de teorías dentro de la metafísica que los que empleamos fuera de la metafísica. Es cierto que estos criterios ofrecen una guía menos clara en la metafísica que en los otros campos; pero no causa daño seguir este argumento a donde sea que lleve: la investigación metafísica es por naturaleza comparativamente especulativa e incierta (2011, p. 12).

Pero esta respuesta es por mucho excesivamente alegre: a diferencia de lo que pasa en la mayoría de las teorías científicas, la mayoría de las teorías metafísicas son empíricamente equivalentes. Además, en las teorías que difieren frecuentemente se trata simplemente de trocar una virtud teórica por otra, y de esta manera no puede ser resuelta apelando a aquella teoría que ofrezca más virtudes teóricas. Las dificultades aquí son de hecho formidables, y han tenido por consecuencia debates crecientes al nivel meta-ontológico acerca de si estas disputas de primer orden son meramente verbales, de alguna manera mal formadas, o irresolubles.

El planteamiento fácil de la ontología nos permite terminar con debates infinitos sobre la existencia de entidades de varios géneros, y clarificar la metodología de la metafísica (al menos la parte de ella que se ocupa de preguntas de existencia). Pues estamos en posición de contestar preguntas de existencia en maneras que son coherentes con lo que queremos decir en el quehacer diario de la vida, pero para contestarlas necesitamos apoyarnos en métodos no más misteriosos que los métodos empíricos y conceptuales claros. En donde sea que se pueda aplicar el planteamiento fácil a preguntas de existencia, hay la posibilidad de defender el punto de vista de que aquellas preguntas de existencia que se preguntan de manera significativa pueden contestarse en forma clara usando métodos conceptuales y (frecuentemente) empíricos, y no involucra nada «epistémicamente metafísico» ni ninguna empresa distintivamente *filosófica* de averiguar *lo que realmente existe*. Quizá se requiera eventualmente un trabajo empírico para saber la respuesta a la verdad no disputada —pero esto no tiene nada de misterioso y, en todo caso, usualmente no se trata de trabajo empírico muy sofisticado. (Puede ser tan simple como ver que la camisa es roja y, a veces, —cuando la verdad no disputada es una verdad conceptual— no se requiere ni siquiera trabajo empírico). En otros casos (en que la inferencia se puede hacer de una verdad

conceptual) ni siquiera tenemos que emprender un trabajo empírico, sino meramente aprovechamos de nuestra competencia conceptual y capacidad de razonar para llegar a saber una verdad ontológica.

Así que, mientras que el planteamiento fácil puede ser una amenaza para la metafísica seria, es extremadamente prometedor como un camino a la resolución de las dificultades epistémicas de la metafísica: es un punto de vista que mantiene el «terreno elevado epistémico» (en las palabras de Sider) por encima de la epistemología más misteriosa de la metafísica seria.²⁰ Así que el impacto del planteamiento fácil a la ontología iniciado por Schiffer tiene un impacto que es mucho más amplio que en la teoría de significado: podría resolver fácilmente no sólo una gran cantidad de debates ontológicos de primer orden; podría representar también la mayor amenaza para la ontología seria, y la mayor esperanza para clarificar la epistemología de la metafísica.

Versión castellana de KURT WISCHIN

²⁰ Sider (2011) argumenta que, no obstante que el ontólogo fácil apunta hacia la ventaja táctica del terreno elevado epistémico, no lo puede mantener, porque está demasiado comprometido con una posición ontológica seria: que el mundo carece de cierto tipo de estructura. Yo respondo a esta línea de argumento en mi (2015, Capítulo 10).

REFERENCIAS

- BENNETT, Karen (2009). «Composition, Colocation, and Metaontology». En *Metametaphysics. New Essays on the Foundations of Ontology*, editado por David Chalmers, David Manley, y Ryan Wasserman. Oxford: Clarendon Press, pp. 38–76.
- CAMERON, Ross (2010). «Quantification, Naturalness and Ontology». En *New Waves in Metaphysics*, editado por Allan Hazlett. New York: Palgrave-Macmillan, pp. 8–26. DOI: 10.1057/9780230297425_2
- CARNAP, Rudolf (1950). «Empiricism, Semantics, and Ontology». *Revue Internationale de Philosophie* 4 (2): pp. 20–40. REIMPRESO EN: *Meaning and Necessity. A Study in Semantics and Modal Logic*. Segunda edición ampliada. Chicago: University of Chicago Press, 1956, pp. 205–221.
- CHALMERS, David J., MANLEY, David y WASSERMAN, Ryan (eds.) (2009). *Metametaphysics. New Essays on the Foundations of Ontology*. Oxford: Clarendon Press.
- EKLUND, Matti (2006). «Neo-Fregean Ontology». *Philosophical Perspectives* 20: pp. 95–121. DOI: 10.1111/j.1520-8583.2006.00104.x
- HALE, Bob (1988). *Abstract Objects*. Oxford: Basil Blackwell.
- HALE, Bob y WRIGHT, Crispin (2001). *The Reason's Proper Study. Essays towards a Neo-Fregean Philosophy of Mathematics*. Oxford: Clarendon Press. DOI: 10.1093/0198236395.001.0001
- HALE, Bob y WRIGHT, Crispin (2009). «The Metaontology of Abstraction». En *Metametaphysics. New Essays on the Foundations of Ontology*, editado por David Chalmers, David Manley, y Ryan Wasserman. Oxford: Clarendon Press, pp. 178–212.
- HIRSCH, Eli (2002). «Quantifier Variance and Realism». En *Realism and Relativism (Philosophical Issues. A Supplement to Nous 12)*, editado por Ernest Sosa y Enrique Villanueva. Oxford: Basil Blackwell: pp. 51–73. DOI: 10.1111/1468-0068.36.s1.2
- HOFWEBER, Thomas (2005a). «A Puzzle about Ontology». *Nous* 39 (2): pp. 256–83. DOI: 10.1111/j.0029-4624.2005.00501.x
- HOFWEBER, Thomas (2005b). «Number Determiners, Numbers, and Arithmetic». *Philosophical Review* 114 (2): pp. 179–225. DOI: 10.1215/00318108-114-2-179
- HOFWEBER, Thomas (2007). «Innocent Statements and their Metaphysically Loaded Counterparts». *Philosophers' Imprint* 7 (1): pp. 1–33.

- FIELD, Hartry (1984). «Critical Notice of Wright's Frege's Conception of Numbers as Objects». *Canadian Journal of Philosophy* 14: pp. 637–662. DOI: 10.1080/00455091.1984.10716402
- FINE, Kit (2009). «The Question of Ontology». En *Metametaphysics. New Essays on the Foundations of Ontology*, editado por David Chalmers, David Manley, y Ryan Wasserman. Oxford: Clarendon Press, pp. 157–177.
- JOHNSTON, Mark (1988). «The End of the Theory of Meaning». *Mind and Language* 3 (1): pp. 28–63. DOI: 10.1111/j.1468-0017.1988.tb00131.x
- LINNEBO, Oystein (2009a). «Introduction». *Synthese* 170 (3): pp. 321–329. DOI: s11229-007-9267-5
- LINNEBO, Oystein (2009b). «Bad Company Tamed». *Synthese* 170 (3): pp. 371–391. DOI: 10.1007/s11229-007-9265-7
- MCCRACKEN, Michael (2009). «Prospects for a Deflationary Account of the Ontology of Propositions». Tesis Doctoral. University of Miami. Open Access Dissertations (Paper 368).
- PUTNAM, Hilary (1987). *The Many Faces of Realism*. La Salle, IL: Open Court.
- QUINE, Willard Van Orman (1951). «Two Dogmas of Empiricism». *The Philosophical Review* 60: pp. 20–43. REIMPRESO EN: En *From a Logical Point of View*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1953, pp. 20–46.
- SCHAFFER, Jonathan (2009). «On What Grounds What». En *Metametaphysics. New Essays on the Foundations of Ontology*, editado por David Chalmers, David Manley, y Ryan Wasserman. Oxford: Clarendon Press, pp. 347–383.
- SCHIFFER, Stephen (1994). «A Paradox of Meaning». *Nous* 28: pp. 279–324. DOI: 10.2307/2216061
- SCHIFFER, Stephen (1996). «Language-Created Language-Independent Entities». *Philosophical Topics* 24 (1): pp. 149–167. DOI: 10.5840/philtopics199624117
- SCHIFFER, Stephen (2003). *The Things we Mean*. Oxford: Oxford University Press. DOI: 10.1093/0199257760.001.0001
- SIDER, Theodore (2009). «Ontological Realism». En *Metametaphysics. New Essays on the Foundations of Ontology*, editado por David Chalmers, David Manley, y Ryan Wasserman. Oxford: Clarendon Press, pp. 384–423.
- SIDER, Theodore (2011). *Writing the Book of the World*. Oxford: Oxford University Press. DOI: 10.1093/acprof:oso/9780199697908.001.0001
- STRAWSON, Peter F. y GRICE, H. Paul (1956). «In Defense of a Dogma». *Philosophical*

- Review* 65 (2): pp. 141–58. DOI: 10.2307/2182828
- THOMASSON, Amie L. (1999). *Fiction and Metaphysics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- THOMASSON, Amie L. (2001). «Ontological Minimalism». *American Philosophical Quarterly* 38 (4): pp. 319–331.
- THOMASSON, Amie L. (2007a). *Ordinary Objects*. New York: Oxford University Press. DOI: 10.1093/acprof:oso/9780195319910.001.0001
- THOMASSON, Amie L. (2007b). «Modal Normativism and the Methods of Metaphysics», *Philosophical Topics* 35 (1–2): pp. 135–160. DOI: 10.5840/philtopics2007351/27
- THOMASSON, Amie L. (2008). «Existence Questions». *Philosophical Studies* 141: pp. 63–78. DOI: 10.1007/s11098-008-9263-8
- THOMASSON, Amie L. (2009a). «Answerable and Unanswerable Questions». En *Metametaphysics. New Essays on the Foundations of Ontology*, editado por David Chalmers, David Manley, y Ryan Wasserman. Oxford: Clarendon Press, pp. 444–471.
- THOMASSON, Amie L. (2009b). «The Easy Approach to Ontology». *Axiomathes* 19 (1): pp. 1–15. DOI: 10.1007/s10516-008-9057-9
- THOMASSON, Amie L. (2013). «Fictionalism versus Deflationism», *Mind* 122 (488): pp. 1023–1051. DOI: 10.1093/mind/fzt055
- THOMASSON, Amie L. (2014a). «Deflationism in Semantics and Metaphysics». En *Metasemantics. New Essays on the Foundations of Meaning*, editado por Alexis Burgess y Brett Sherman. Oxford: Oxford University Press: pp. 185–214.
- THOMASSON, Amie L. (2014b). «The Easy Approach to Ontology: A Defense». En *Philosophical Methodology, The Armchair or the Laboratory?*, editado por Matthew Haug. London: Routledge: pp. 107–125.
- THOMASSON, Amie L. (2015). *Ontology Made Easy*. New York: Oxford University Press.
- THOMASSON, Amie L. (2016). «Carnap and the Prospects for Easy Ontology», en *Ontology after Carnap*, editado por Stephan Blatti y Sandra LaPointe. Oxford: Oxford University Press: pp. 122–144 DOI: 10.1093/acprof:oso/9780199661985.003.0007
- VAN INWAGEN, Peter (1990). *Material Beings*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- VAN INWAGEN, Peter (1998). «Metaontology». *Erkenntnis* 48: pp. 233–50. DOI: 10.1023/A:1005323618026

- VAN INWAGEN, Peter (2009). «Being, Existence and Ontological Commitment». En *Metametaphysics. New Essays on the Foundations of Ontology*, editado por David Chalmers, David Manley, y Ryan Wasserman. Oxford: Clarendon Press, pp. 473–506.
- WILLIAMSON, Timothy (2007). *The Philosophy of Philosophy*. Oxford: Blackwell. DOI: 10.1002/9780470696675
- WRIGHT, Crispin (1983). *Frege's Conception of Numbers as Objects*. Aberdeen: Aberdeen University Press.
- YABLO, Stephen (2000). «A Priority and Existence». En *New Essays on the A Priori*, editado por Paul Boghossian y Christopher Peacocke. Oxford: Oxford University Press: 197–228.
- YABLO, Stephen (2001). «Go Figure: A Path through Fictionalism». *Midwest Studies in Philosophy* 25: pp. 72–102. DOI: 10.1111/1475-4975.00040
- YABLO, Stephen (2005). «The Myth of the Seven». En *Fictionalism in Metaphysics*, editado por Mark Eli Kalderon. Oxford: Oxford University Press.

Recibido: 12-Septiembre-2015 | Aceptado: 2-Diciembre-2015



AMIE L. THOMASSON, es Profesora de Filosofía en la University of Miami, EUA. Es Doctora en Filosofía (PhD) por la University of California, Irvine. Sus principales áreas de interés son la metafísica, metodología filosófica, metaontología, filosofía del arte, filosofía de los objetos culturales y sociales, filosofía de la mente y fenomenología. Entre sus principales publicaciones se cuentan: *Ontology made Easy* (New York: Oxford University Press, 2015), *Ordinary Objects* (New York: Oxford University Press, 2007), y *Fiction and Metaphysics* (New York: Cambridge University Press, 1999).

DIRECCIÓN POSTAL: Department of Philosophy, University of Miami. 1252 Memorial Drive, Ashe Bldg. Room 721. Coral Gables, FL 33124, USA. e-mail (✉): thomasson@miami.edu

KURT WISCHIN, es actualmente Doctorando en Filosofía (CPhil) en la Escuela Internacional de Posgrado de la Universidad de Granada. Tuvo su primer contacto formativo con la filosofía académica en la Universidad de Viena en los años 1970, y obtuvo los títulos de Licenciado en Filosofía (BA) en la Universidad Autónoma de Querétaro y un Máster en Filosofía (MPhil) en la Universidad Nacional Autónoma de México. Su trabajo filosófico toma por punto de partida la filosofía de Wittgenstein, en especial la de las *Investigaciones Filosóficas*, y se centra actualmente en la investigación de los orígenes históricos de la Filosofía de la Lógica y del Lenguaje, con particular énfasis en la evolución de la doctrina de Frege y su influencia en la génesis del *Tractatus*, y de manera general de la filosofía analítica. Ha publicado artículos y traducciones en algunas antologías y revistas académicas de filosofía y ha dictado ponencias y conferencias en varios congresos nacionales e internacionales.

DIRECCIÓN POSTAL: Departamento de Filosofía I. Universidad de Granada. Edificio de la Facultad de Psicología, Campus de la Cartuja. 18011 Granada, España. e-mail (✉): kurt.wischin@gmail.com

COMO CITAR ESTE TRABAJO: THOMASSON, Amie L. «Ontología fácil y sus consecuencias». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 4:5 (2015): pp. 247-279.

© El autor(es) 2015. Este trabajo es un (Artículo. Original), publicado por *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* (ISSN: 2254-0601), con permiso del autor y bajo una licencia Creative Commons (BY-NC-ND), por tanto Vd. puede copiar, distribuir y comunicar públicamente este artículo. No obstante, debe tener en cuenta lo prescrito en la *nota de copyright*. Permisos, preguntas, sugerencias y comentarios, dirigirse a este correo electrónico: (✉) boletin@disputatio.eu

Disputatio se distribuye internacionalmente a través del sistema de gestión documental GREDOS de la Universidad de Salamanca. Todos sus documentos están en acceso abierto de manera gratuita. Acepta trabajos en español, inglés y portugués. Salamanca — Madrid. Web site: (✉) www.disputatio.eu